

Claudio Magris

Tiempo y memoria

Guadalupe Alonso

Un incesante viajero a través de la geografía y la historia de Europa central ha recibido este año el Premio FIL de Guadalajara de Literatura en Lenguas Romances. Se trata del autor italiano, originario de Trieste, que ha entrecruzado géneros literarios, yendo de la narración a la reflexión, para dar pie a una imagen de la unidad entre tiempo y memoria: Claudio Magris.

Al norte de Italia, bañada por el mar Adriático, se ubica la ciudad de Trieste. Este puerto, hoy territorio italiano, formó parte del Imperio Austrohúngaro de 1867 a 1918. Una ciudad fronteriza donde conviven la lengua y culturas italiana, germánica y eslava, lo que ha determinado su peculiar carácter a lo largo de la historia. Escritores como Italo Svevo y Umberto Saba son originarios de esta tierra. Otros, como Rainer Maria Rilke y James Joyce, se afincaron ahí, donde lograron algunas de sus mejores páginas. En Trieste nació también Claudio Magris, el más notable escritor triestino de nuestro tiempo y uno de los más connotados en el panorama actual de las letras europeas. Lo sustenta una vasta y original obra que incluye *El mito habsbúrguico en la literatura austriaca moderna* (1963), *Ítaca y más allá* (1982), *El Danubio* (1986), *Otro mar* (1991) y *Utopía y desencanto* (1999), entre otros títulos. Magris recibió el Premio Príncipe de Asturias en 2004 y es el primer italiano que obtiene el Premio FIL Guadalajara de Literatura en Lenguas Romances (2014).

Claudio Magris vivió en Trieste hasta los 18 años. A los trece había leído a Marcel Proust y, aunque fue un lector precoz, en aquel tiempo no mostró interés por los autores italianos. Cuando sale de su ciudad para estu-

diar en la Universidad de Turín, en 1957, la nostalgia lo lleva hacia aquellos escritores de casa de los que había desconfiado en su juventud. Umberto Saba e Italo Svevo se convirtieron en figuras tutelares. En ese periodo adquirió conciencia del significado de la identidad fronteriza, tema que marcaría buena parte de su quehacer literario. “Un triestino”, afirmaba, “es especialmente proclive a ser un hombre sin atributos y a buscar en la literatura la identidad de la que se siente incierto”.

La estancia en Turín fue fundamental. Esa lejanía le permitió ensanchar la mirada de su propia tierra, de ciertas características de su entorno que le habían pasado desapercibidas. Trieste, el puerto más importante del Imperio Austrohúngaro, estaba poblado por minorías eslovenas y otros grupos que llegaban de varios lugares del mundo: alemanes, griegos, hebreos. Al tiempo que descubría esa urdimbre cultural y racial, Magris siente la necesidad de hacer cuentas con su pasado austriaco. Comenzó por acercarse a su literatura. Las páginas de Robert Musil o Franz Kafka fueron reveladoras de un mundo cimentado en contradicciones. Aquel imperio ostentaba el orden y la armonía, mientras sus mentes más brillantes denunciaban el vacío, la bancarrota de los valores. “Fue un verdadero laboratorio de nihilismo

occidental”, apunta Magris. “Ocuparme del derrumbe de ese mundo significaba no sólo descubrir por qué había desaparecido dejando ese mito, sino también el final de una civilización que representaba la unidad de la vida y su desplome; por lo tanto, la posibilidad de narrar historias referidas a la vida en su totalidad y no nada más a algunos detalles dispersos. Una especie de teatro del mundo que tenía que ver no sólo con Austria sino con el mundo entero”. En este tenor nace lo que Magris ha considerado el libro de su vida: *El mito habsbúrguico en la literatura austriaca moderna*, tesis con la que obtuvo el doctorado en filología germánica por la Universidad de Turín y que más tarde reescribe en la forma de un ensayo narrativo. Este libro, que publica a los 23 años ante el asombro de lectores y especialistas, marca el camino de Magris hacia Europa central, territorio del que va y viene en diversos libros y ensayos. Entre estos, no podríamos dejar de mencionar su obra magistral, *El Danubio*. En este viaje sentimental el narrador recorre el río desde sus fuentes hasta el Mar Negro, en una travesía que reconstruye la historia de la civilización centro-europea a partir de distintas perspectivas literarias.

Un libro tiene muchas génesis, dice Magris. En el caso de *El Danubio*, el primer atisbo lo ubica una veintena de años antes de comenzar a escribirlo, durante un recorrido por la Europa danubiana. “No habría podido elegir otro río como símbolo de la vida sin esa experiencia austro-alemana”, confiesa el autor. Más tarde, en el verano de 1982, emprende una vez más el viaje al lado de Marisa Madieri —su esposa— y un grupo de amigos. Así describe su llegada a Eslovaquia:

“Cruzamos la frontera en una estación maravillosa. Se veía la luz de septiembre cintilar sobre el río y la hierba en los prados del Danubio. No se alcanzaba a definir dónde comenzaba o dónde terminaba el río. Fueron momentos de amistad, de abandono, de armonía con la vida. De pronto apareció una placa que decía ‘Museo del Danubio’. La palabra ‘museo’ resultaba tan extraña en ese momento de encanto con la naturaleza. Creo que fue aquel estridente contraste entre el elemento mágico y la inusitada clasificación grotesca, ese límite que implicaba toda una ironía, lo que detonó mi interés. A partir de ahí, decidimos seguir adelante hasta el Mar Negro. En ese momento nació la idea del libro. Después, fueron cuatro años de ir y volver, escribir, reescribir, años en los que durante mucho tiempo no supe qué clase de libro resultaría. Así nació *El Danubio*, que fue, además, un ir hacia adelante perdiendo cada vez más las escasas seguridades de esa cultura. Al principio el viajero se ilusiona con su noción austro-alemana de ordenar el mundo y mientras avanza se da cuenta que cada vez entiende menos”.

¿Dónde nace *El Danubio*? El libro comienza con una búsqueda de la fuente de donde emana el río. Magris se burla de la disputa que se suscita entre varias ciudades por el monopolio del punto exacto de su origen. Narra con ironía cómo, tras una investigación científica, se comprueba que el Danubio fluye de un canalón o de un grifo que puede cerrarse provocando, después de un tiempo, la sequía en Viena o en Budapest. “Por supuesto es una metáfora con varios significados, como podría ser el gran temor de que se agoten las aguas de la vida o afirmar que estamos muy enterados acerca de las



Claudio Magris

discusiones sobre los orígenes de la vida, pero sobre el origen mismo sabemos muy poco”.

Este viaje en el tiempo y el espacio a través del Danubio marcaría el estilo de una escritura que cabalga entre la ficción, la crónica y el libro de viajes. No es que el escritor lo haya previsto; Magris sostiene que cuando comienza un libro no sabe hacia dónde va. El estilo y el género, dice, los impone un argumento o una situación.

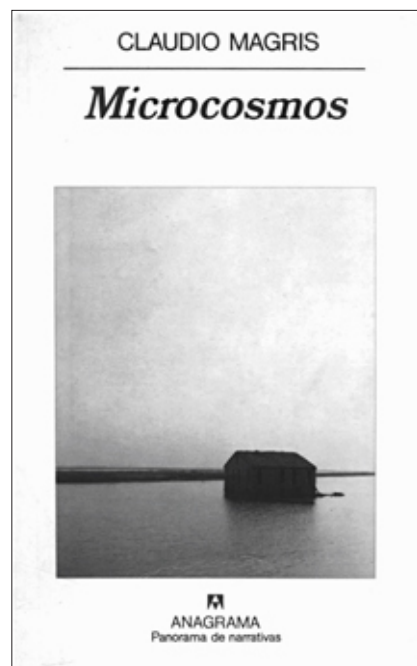
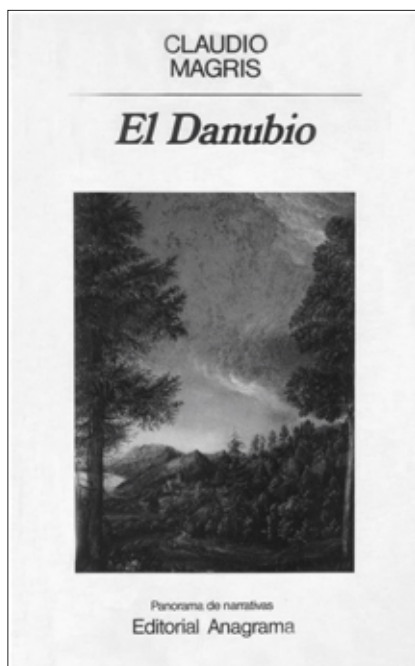
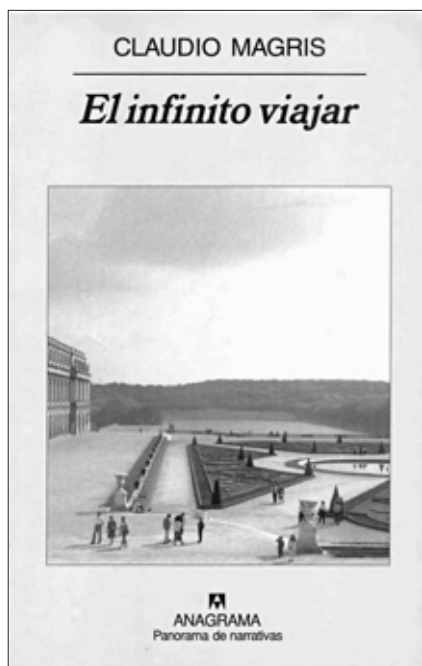
“A veces la vida nos ofrece momentos puros, instantes de emoción. Por ejemplo, cuando uno mira el mar. Este encanto poético, este momento lírico exige una expresión lírica, un género rigurosamente puro. Sin embargo, muchas veces la vida está definida por situaciones de un género mixto que exige una representación mixta, del mismo modo como en los géneros literarios. Si voy a escribir sobre un personaje cuya vida está ligada a situaciones históricas o políticas, hay que contar esas historias. Este continuo atravesar fronteras en los géneros literarios se me da de un modo natural. No es arbitrario, porque cada texto que se escribe tiene sus fronteras rigurosas, ya sea que se trate de una lírica pura o de un género mixto como en *El Danubio*. Cada historia exige su forma, tiene sus límites. El género surge con la obra específica y tiene que respetarse absolutamente. Después de este momento casi mágico, hay una rigurosa coherencia a la que se debe obedecer, uno no puede escribir de una manera arbitraria. Si compones un soneto, no puedes hacer un verso de treinta sílabas”.

El tiempo y la memoria son, para Magris, un motor de la escritura. Contar historias, dice, es un gesto de unidad, un modo de tender puentes entre las personas. Como ejemplo recoge las tradiciones oriental y hebrea jasídica, donde contar historias tiene un gran valor. Se trata de crear un vínculo, justamente como *religio*, que significa unión. “Siento a la escritura como una lucha

contra el olvido, un deseo de salvar del tiempo todo lo que existe. Es como construir una pequeña arca de Noé de papel en la que puedo salvar muchas vidas. Naturalmente sé muy bien que mi barca es frágil y que puede hundirse en cualquier momento, pero se hace lo posible. Cuando hablamos de memoria, no tiene que ver sólo con el pasado, la memoria es el sentido del presente, de todo aquello que tiene valor. Para mí contar historias es una lucha contra el tiempo. Hay una hermosa página en el libro *Verde agua*, de Marisa Madieri, donde dice que Dios es la gran memoria, en el sentido de que es el presente contemporáneo de todas las cosas, porque la memoria significa ver en el presente”.

Cuando Claudio Magris escribe *A ciegas*, cuando trae esa historia al presente, lo mueve siempre la misma necesidad, la de indagar en la condición humana. El libro, basado en hechos reales, narra el periplo de Salvatore Cippico, quien desde una institución psiquiátrica hace el recuento de una vida marcada por los horrores del siglo xx. Militante comunista, se unió a la Guerra Civil española, luchó en la Segunda Guerra Mundial con el ejército yugoslavo y fue prisionero en el campo de concentración en Dachau. Él junto con otros dos mil italianos que se mantuvieron fieles en la lucha por su país; al volver fueron detenidos por considerarlos comunistas peligrosos. Se trata de un episodio trágico e increíble que a Magris le obsesionaba. El hecho de que un grupo de revolucionarios haya estado siempre del lado equivocado, mirando cómo, una a una, caían sus banderas. El autor ofrece aquí una meditación acerca de la utopía como la última odisea posible, en este caso, sin la esperanza del retorno.

“El problema al que me enfrenté”, comenta Magris, “fue el de hacer sentir el amor por la vida, o más bien por los seres vivos. No sé si la vida sea un bien o un mal,



pero sé que nosotros aquí, junto con millones de seres que no eligieron venir al mundo, tenemos derecho a ser tratados con amor y respeto. Al narrar esta historia quise darle un sentido épico, un sentido de unidad de la vida. Comprender que ese hombre, mi personaje, a pesar del yo escindido entre su cabeza y su corazón, es un hombre que se siente ligado a la totalidad de la humanidad, obligado a luchar, a sacrificarse por esa humanidad”.

Quizá la literatura no puede cambiar el paisaje del mundo, como decía Borges, pero sí nos permite comprenderlo desde otro ángulo. En su proceso creativo, un escritor suele detectar ciertas sutilezas sobre la realidad que vivimos y apenas sospechamos.

“Es cierto”, dice Magris, “que la gran literatura tiene la capacidad de cambiar un poco el mundo. Ahora bien, después de Sófocles o Dostoievski, que verdaderamente cambiaron el mundo, no hay mucho qué decir. Creo que la literatura, al menos como yo la siento, tiene la función de recoger, quizás, aquello que hay en una determinada situación, lo que puede ser posible y que aún no sucede, es decir, lo que está fluctuante. Es necesario ver no sólo la fachada de la realidad sino todo aquello que la permea, lo que está detrás y que en un futuro pudiera tomar su curso. A veces sucede, a veces no, pero forma parte de nuestra realidad porque nosotros somos también aquello que concretamente podríamos haber sido de un modo distinto. En cada situación individual y colectiva —también política—, sabemos que en nuestro pasado hubo otras soluciones posibles respecto de aquellas que momentáneamente tomamos. La literatura tiene este sentido de hacer y deshacer, es de algún modo como la mortaja de Penélope: tejer una historia y luego deshacerla. Además, pienso que la gran función de la literatura reside en que, sin albergar ninguna preocupación pedagógica o moral —porque debe ser absolutamente libre—, transmite cierto sentido del mundo que más tarde, sin ser un propósito, llega a convertirse en un elemento moral. Joseph Conrad, con sus novelas, no pretendía enseñarnos un decálogo del comportamiento, pero después de haberlo leído, nos queda mucho más claro lo que significa la lealtad, el valor o la fidelidad, por ejemplo. Así, la literatura revela ciertas verdades morales de una historia”.

El anillo de Clarisse, Ítaca y más allá y Utopía y desencanto son algunos de los títulos que reúnen la obra ensayística de Claudio Magris, así como sus colaboraciones en diarios y revistas. Esta labor, en la que ha vertido su pensamiento y a la que se suman las importantes aportaciones que ha hecho como investigador, lo ha colocado entre los intelectuales europeos más notables. Hombre de una gran sensibilidad, se ha dejado tocar por su tiempo, y en su constante reflexión deja entrever las pasiones y obsesiones que han alimentado su proceso creativo. Entre otras, su relación con la historia de

Europa central, con el río que abraza su vida y obra; el mar, que “no obstante las tragedias que esconde, restituye el sentido de la unidad”. Revela también en estos ensayos y artículos la estrecha relación con autores como Jorge Luis Borges, Goethe, Thomas Mann o Primo Levi; el rol de la literatura en un mundo confuso y contradictorio; el papel del intelectual; la esperanza de las utopías y el desencanto ante su derrota.

Habla Magris:

Hoy día vivimos en un momento histórico en el que algunos de los grandes esquemas que le han dado sentido a la historia, han tenido una caída que en muchos casos hasta ha sido liberadora. Esto trae como consecuencia la idea de que no se puede nunca corregir ni cambiar el mundo. Yo creo, al contrario, que justamente el derrumbe de cualquier pretensión de ofrecer una receta infalible para crear un mundo perfecto, nos debe ayudar a corregir continuamente el camino. Cambiar el mundo sin tener nunca la pretensión de vivir en el paraíso terrenal. Nuestro destino es vivir en la historia y no en el paraíso. Moisés sabía que no iba a poner jamás un pie en la tierra prometida aunque el sentido de su vida era ir hacia esa tierra prometida.

En esta visión, el modelo de *El Quijote* es fundamental. Don Quijote enloqueció. El yelmo de Mambrino no es el yelmo de Mambrino, es un trasto, una bacía de barbero y esto debemos saberlo. Sancho lo sabe muy bien. Pero sin esa exigencia del yelmo de Mambrino o de Dulcinea, los trastos serían más pobres y no tendrían sentido. De hecho, cuando Don Quijote dice, al final, que ya no cree en todas esas cosas, Sancho responde: “Y ahora yo qué hago”.

Creo que vivimos en un momento en el que existe la conciencia o la pretensión de que una verdad absoluta es lo que nos va a conducir a moldear o a cambiar el mundo y que este no se puede administrar solo. Esto es muy peligroso. Yo creo, al contrario, que ser huérfanos de ideologías es, entre tanto, un destino, porque si no se es huérfano, significa morir antes que los padres, lo que es aun peor. Ser huérfanos significa cambiar y adaptar a nuestro tiempo todo lo que recibimos de nuestros antepasados, y esto vale también para el pensamiento.

Finalmente, el infinito viajar de Claudio Magris, esa búsqueda constante que lo ha llevado a sumergirse en las aguas profundas de la condición humana, podría definirse en dos imágenes: el río y el mar. Metáforas que atraviesan su poética y que, más allá de la escritura, lo han acompañado en los momentos más oscuros de su vida. Uno lo lleva a reflexionar sobre el viaje circular cuyo destino será la desembocadura, el final de la vida; el otro, a las extensas aguas de un mar inmóvil, “un presente que lo contiene todo, todas las naves que han naufragado”. **U**